

## ORIGEN Y DESARROLLO DEL INSTITUTO DE LA PATAGONIA.

### UNA PERSPECTIVA DE CUARENTA AÑOS

El origen lejano del actual prestigiado centro de estudios e investigaciones regionales se halla en nuestro antiguo anhelo personal de tener una universidad propia, ceñida a los requerimientos y objetivos que corresponden a un territorio tan singular como es Magallanes (y por extensión la Patagonia Austral), por razones geográficas, históricas y culturales. Ello no pudo ser porque en la época, segunda mitad de los años 1960, las normas vigentes en Chile sobre la materia no lo permitían. Así, elegimos la forma de un centro que se dedicara a los estudios e investigaciones regionales en un espectro disciplinario que comprendiera a las ciencias humanas y naturales, con el objetivo de ampliar el conocimiento sobre diferentes materias y dar al mismo la suficiente difusión para beneficio general. Pero de igual modo, pensamos que tal centro debía expresar por sí mismo, espiritual y materialmente, las características definitorias de regionalidad magallánica que subyacían en lo profundo del sentimiento de la comunidad, para aportar a la afirmación de la autoestima de los habitantes de la Región. Diseñamos entonces una estructura orgánica sencilla y elegimos el nombre de “INSTITUTO DE LA PATAGONIA” para precisar su ámbito geográfico de interés; luego invitamos a algunos amigos para acompañarnos en la aventura fundacional y obtuvimos el patrocinio financiero de la Corporación de Magallanes, que presidíamos en nuestra condición de Intendente. Ello comenzó el 2 de marzo de 1969.

Han transcurrido cuarenta años, lapso ciertamente prolongado y en el que nadie piensa en los inicios de una obra, lo que permite resumir el historial del Instituto. De partida, no podemos olvidar que el comienzo (varios años) fue muy áspero, más de lo que pudimos esperar, calificado por las dificultades, incomprensiones, mezquindades y hasta ruindades, del mismo modo como por los valiosos apoyos y estímulos que animaron para proseguir en la empresa. Pero más allá de este recuerdo necesario, nada, porque consideramos que lo acontecido equivale, en cierto modo, a los dolores propios de un parto, que se olvidan a la vista de la criatura rozagante. Así pues, vamos al punto.

Se quiso un centro de estudios e investigaciones regionales y lo realizado y conseguido supera con creces lo imaginado: tan sólo los trabajos publicados en forma de libros y de artículos en revistas científicas que expresan los resultados de esfuerzos individuales y colectivos superan el medio millar, para provecho del ambiente académico y de la comunidad interesados. Los mismos dan cuenta de una tarea extensa, programada, sostenida y sistemática que ha permitido ampliar y profundizar el conocimiento científico y cultural sobre cuanto atañe a la región austral americana en los campos de la Historia, la Arqueología, la Antropología y la Etnología; de la Geografía (Climatología y Glaciología); de la Botánica, la Zoología, la Biología Marina y la Ecología; por fin, de la Demografía, la Geografía Económica, la Sociología y la Antropología Social.

Pero, también, ese esfuerzo permitió formar y enriquecer colecciones hasta conseguir un acervo de incalculable valor e importancia científico y cultural que merecen particular mención: el Museo del Recuerdo –primero en su género en el país– ; la Mapoteca Histórica, el Archivo Fotográfico Histórico, el Archivo de Documentos Inéditos (con miles de piezas que dan cuenta sobre distintos aspectos del acontecer regional a lo largo del tiempo); el Herbario de Especies Regionales “Prof. Edmundo Pisano”, las Colecciones Zoológica y de Especímenes Marinos; el Archivo de Datos Climáticos, de referencia

obligada para cuantos se interesen en las especialidad con perspectiva histórica, en fin. Cabe destacar igualmente como fruto calificado del quehacer académico la revista creada para dar la necesaria difusión al mismo, *Anales del Instituto de la Patagonia* (1970), hoy dividida en dos series, una con el nombre de *Magallania*, referida a las ciencias humanas, y otra que conservó la denominación original, para las ciencias naturales, que al presente completan treinta y siete volúmenes. De su solvencia y rigor científicos, como de su prestigio, basta señalar que *Magallania* ha sido reconocida internacionalmente al indexársela en la calificada categoría ISI, así como la segunda lo ha sido en la de SciELO CHILE, reconocimientos con los que cuentan sólo algunas revistas científicas universitarias nacionales.

Todo ello de algún modo ha trascendido o fue difundido, y asumido por la comunidad como algo propio, identificatorio, que debía apreciarse, reconocerse y mostrarse ante propios y extraños inclusive con orgullo. Ahí precisamente, reside uno de los secretos que explican la temprana adhesión y la consiguiente simpatía sostenida que ha recibido y recibe el Instituto de la Patagonia y que ya es parte del imaginario colectivo.

Pero hay más. Desde hace muchos años –tal como se pensó que debía ocurrir si la tarea resultaba eficiente–, el Instituto de la Patagonia ha devenido el centro de referencia y consulta obligado para cuantos, en Chile y en el mundo, se interesan por lo tocante a la vida humana y a la naturaleza en la parte terminal de América. Ha sido, como es así que sus investigadores han sido y son consultados en los más variados temas, su asesoría requerida, sus comunicaciones escritas apreciadas y sus importantes colecciones valoradas y estudiadas inclusive por especialistas de renombre que viajan a Punta Arenas para el efecto. Magallanes, así ha ganado y mantiene una justificada fama en el ambiente académico nacional e internacional.

La tarea, proficua por donde se le considere, ha sido de tal magnitud que, para muchos, ha parecido y parece ser obra de un gran grupo de personas durante un período más extenso que el efectivamente transcurrido, cuando en verdad ha sido realizada por una treintena de investigadores que se ha mantenido en el tiempo (con la natural sucesión en algunos casos), todos los cuales, con diferente intensidad y dedicación han hecho lo suyo en una enaltecedora empresa del conocimiento y la cultura, como tarea colectiva. Como paradigma de ella cabe recordar al gran botánico Prof. Edmundo Pisano Valdés, que trabajó en el Instituto desde un principio hasta su fallecimiento en 1997, legando una obra científica que ha prestigiado y prestigia al país y a Magallanes.

Finalmente, y porque el quehacer del Instituto de la Patagonia abarcó otros campos de la actividad, deben recordarse sus labores en la tecnología hortícola y en la artesanía. Lo primero, a través del Centro de Horticultura y Floricultura “Lothar Blunk” bien nombrado por quien fuera su principal impulsor, con lo que se buscó recuperar e innovar la noble y antigua práctica hortícola magallánica difundiendo técnicas ampliando la gama productiva y capacitando a sus cultores, todos gente común, y procurando la renovación y enriquecimiento de una actividad necesaria para una mejor calidad de vida, lo que no sólo se consiguió con general reconocimiento, sino inclusive con la modificación cultural, por la incorporación de nuevos productos, de los hábitos alimentarios populares. Lo segundo, que se logró mediante la creación de una actividad inspirada en raíces laborales, familiares y culturales en procura de productos con sello de originalidad, ennoblecidos por la tarea manual y la creatividad, como expresión diferente de regionalidad. Aunque al tiempo de la integración del Instituto a la Universidad de Magallanes, este aspecto del quehacer fue dejado de lado, sus notables aciertos en formas, técnicas y capacitaciones artesanales y artísticas han trascendido y son bien recordados por la comunidad.

Para verdades, el tiempo, dice el conocido refrán popular. ¡Había que aguardar las cuatro décadas que se conmemoran para comprobar a satisfacción la seriedad de la propuesta original y la honestidad y fidelidad en su ejecución! Todo se ha hecho, bien se sabe, por y para Magallanes; en ello reside el bien ganado prestigio del Instituto de la Patagonia –y de la Universidad de Magallanes que lo acogió en 1985– y el legítimo orgullo de cuantos han trabajado y trabajamos en él, por la terea cumplida.

Mateo Martinic B.